

# MUSEO BALEAR

DE

HISTORIA, LITERATURA, CIENCIAS, ARTES

---



D. TOMÁS AGUILÓ

*In memoria æterna erit justus,  
ab auditione mala non timebit.*

DAVID: salmo CXI, vers. 7.

D. Tomás Aguiló ha muerto: su constitución robusta, gastada por los años, y últimamente minada por la pérdida de un hijo, delicias de su corazón; ha cedido por fin á la violencia de una enfermedad que suele acabar en duelo. En su breve período ha dado ésta alternativas de esperanza y de angustia, que podían

adivinarse en la frente de sus amigos, palidecida por la ansiedad y el dolor. Su cuerpo yace tendido en el féretro, y las manos cruzadas sobre el pecho sostienen la efigie de Jesús, único norte de su larga peregrinación; su alma, en alas de todos los amores grandes y puros, acaba de volar hacia el Amado. Su desolada familia llora al esposo, al padre, al hermano, rodeada de sus predilectos amigos que no aciertan á proferir palabras de consuelo, porque no las hallan en su corazón; y Mallorca, abatida y llorosa, se prepara á conducir al sepulcro los despojos del ilustre patricio, tan benemérito como estimado. ¡Dichoso el que vive y muere como ha vivido y muerto D. Tomás Aguiló!

Amor del alma era el que me profesaba; de más alto quilate que el que aseguran el parentesco, la afección y la comunidad de miras; y yo le quise antes como á un maestro, después como á un amigo, como á un consejero, casi como á un padre; mas no serán por esto recusados mis elogios, que están en los labios de cuantos le conocieron; y que, con desusada elocuencia, confirmará la patria al despedirse de su hijo.

Nuestros lectores conocen á D. Tomás Aguiló; embarcada el alma por el dolor, no sabría trazar los rasgos más principales de su biografía: ésta se halla al frente de la colección de sus obras, trazada con diestra mano por el primero de los escritores mallorquines, honra la más preciada de las letras españolas, quién conocía todos sus actos, todos sus deseos y todas sus esperanzas; quién fué, toda su vida, su compañero inseparable, su íntimo amigo, su hermano predilecto. ¡Alma nobilísima, que has perdido, si así cabe decirlo, una parte de tu sér; tú no te desprenderás del todo del alma de tu amigo, y juntos *viviréis en memoria*

*eterna!* Di tú lo que yo callo; que la mayor gloria del finado es compartir tu gloria. Revueltos van en un solo escudo vuestros timbres, y mezclados en un mismo rayo de luz esplendente vuestros nombres.

Mas la biografía de nuestro compatriota se halla en sus obras mismas, y todas estas compendiadas en dos palabras sublimes: la Religión, la Patria. Así como no hay en sus composiciones una sola en que no brille la inspiración fecunda de estos sentimientos, así tampoco en todos los actos de su vida no hay ninguno que no corresponda á estas inspiraciones. En *Las Rimas*, en *La Sombra del Ciprés*, en las *Poesías fantásticas*, en las *Escenas Episódicas*, en sus escritos filosóficos y religiosos, en sus trabajos históricos y literarios, en sus artículos políticos, que no manchó nunca la bajeza, la personalidad ó el egoismo, ni deslució siquiera la exageración de escuela; en todo lo que ha salido de su limpia pluma, encontraréis al cristiano y áun al ascético, al amador ardiente de su nación y de su suelo nativo. Por eso ha muerto en el ósculo del Señor y en el amor de su pueblo; por eso vivirá en memoria eterna, y la maledicencia sellará sus labios.

Cuando la fúnebre noticia extienda sus alas en derredor de Palma afligida, velará el luto los corazones; y deudos y amigos, conocidos y admiradores, buenos y malos publicarán el bien del que no ha obrado el mal. Las letras patrias llorarán á su restaurador ilustre; las asociaciones religiosas al hermano ferviente; los pobres y desgraciados al caritativo bienhechor; los ciudadanos al padre de la patria, íntegro y celoso; las academias científicas al benemérito consocio; los creyentes á su católico defensor, y todos los buenos al que los ha ilustrado con su sabiduría y edificado con su

ejemplo. Entonces la injusticia sorberá el veneno de la maledicencia, y unirá su voz al universal elogio *del justo, cuya memoria vivirá eternamente.*

¡Compañeros que conocéis el valor de la pérdida que hemos sufrido, unámonos más y más, no para suplirla, sino para aminorarla; joven amigo, heredero del nombre y de los ideales de tu virtuoso padre, tú no recusarás los deberes que él te ha legado, ni romperás los lazos que ha tejido; estrechémonos en ellos; sé mi hermano!

TOMÁS FORTEZA.

3o Noviembre de 1884.

## A D I O S (\*)

---

Com se mostían y cauen,  
 esfuyadas baix des brots,  
 sas flors qu' eran s' alegría  
 d' aquest jardí tan hermós!  
 Floretas blancas y blavas  
 floretas de cent colors,  
 ramells no 'n faré de voltros  
 ni vendré ja á regarvós:  
 Adios, floretas, adios.

De lluny s' en vénen sas onas,  
 de lluny las du sa maró,  
 y cap n' arriba á sa plaja  
 que totduna no s' en torn.  
 ¿Es que cercan altra terra,  
 o 's qu' es pèrden dins es fons?  
 Si sabeu, mare, d' ont vénen,  
 ¿ahont van eu sabeu vos?  
 Ay! onas, adios, adios.

---

(\*) Rindiendo homenaje á la memoria del inspirado poeta D. Tomás Aguiló, publicamos las dos poesías y artículo siguientes, como muestra de sus altas dotes literarias, ya de seguro conocidas por los lectores del MUSEO.

Ja s'en van sas oronellas,  
¡que de prest vendrán es tords,  
y aquests dias tan alegres  
serán dias de tristor!

Es penyals de néu blanquetjan,  
es mestral despuya es tronchs,  
y an es còr també 'l despuyan,  
també 'l gèlan sas fredórs.

Adios, alegría, adios.

Aquells qui tastan sa vida  
li troban un gust tan dols.  
Y quant menos eu esperan,  
¡qu' es d' amarg es derrér glop!  
Si d' entre ses mans mos fujen  
sas esperansas del mon,  
¿per què es cor d' un plèr qui 'l mata  
n' está sempre desitjós?

Adios, esperansa, adios.

¿Per què hey ha flors que matsinan  
quant tenen tan bona olor?

¿Per què en so blau de sas onas  
es blau del cèl se confon?

Per què tot crestay s' entela?

Per què tot miray se romp?

¿Per qu' han de venir sas ditxas  
si vénen per deixarmós?

Adios, ditxa meua, adios.

Des seu cavall que s'allunya  
 ¡es trapitj qu' es ja de sord!  
 y encara derrera ets abres  
 axeca un nigul de pols.  
 Es nigul s'escampa al ayre,  
 es trapitj es perd del tot:  
 ja may mes sobre la tèrra  
 tornarèm á veuremós.  
 Adios, per á sempre adios.

Sentiu, mare? sentiu mare?  
 Aquests aglapits, què son?  
 Es meu còs tot s'escarrufa;  
 ¡ay mare, quin tremoló!  
 ¿Será ver axó que diuen,  
 qu' es ca d' es nostro pastor,  
 cada pich qu' es fosser passa,  
 es pòsa á lladrar furiós?  
 Adios, vida meua, adios.

Allá demunt sa muntanya  
 s'axeca una vermeyó:  
 si's es sòl que ja's vol pondre,  
 ¿com axí 's pòn tan dejorn?  
 Es niguls vermeys s'apagan:  
 ¡quin nigul s'en vé tan fosch!  
 ¡tot el cèl se fa tan negre  
 com si mitja nit ja fos!  
 Adios, llum del cèl, adios.

Ay mare, es meus uys s'aclukan!  
Ay mare, preniume es pols;  
¿no 's un ángel d'alas negras  
aquest qu'ara em besa es front?  
Veig una paloma blanca,  
darrera ey vola un falcó;  
y s'en pujan, y s'en pujan,  
ja no veig á cap des dos.  
Adios, mara meua, adios.

† TOMÁS AGUILÓ.



## LA PUERTA DE STA. MARGARITA

---

### I

Hay una puerta sombría  
de moruna construcción;  
ingrato con ella el hombre  
hála dejado sin nombre  
olvidada en un rincón.

Por bajo de ella no cruza  
enjaezado corcel,  
ni rueda lujoso coche;  
pero al viento de la noche  
abierto está su dintel.

Y el humo que se levanta  
de solitario tizon,  
con sus huellas pegajosas  
cubre las piedras mohosas  
del ruinoso paredón.

Y mas y mas ennegrece  
su bóveda ennegrecida,

cual si á darla oscuro baño  
no bastasen por su daño  
los seis siglos de su vida.

Seis siglos que están sentados  
en sus arcos carcomidos!  
Y el que pasa bajo de ella  
tal vez no observa la mella  
de seis siglos transcurridos.

De seis siglos que sostienen  
un recuerdo allí clavado,  
y el que pasa indiferente  
no se digna á alzar la frente  
para mirar lo pasado.

## II

Decid á aquel centinela  
que allí solitario vela  
sin abrigo en el portal:  
que ferrada puerta un dia  
precipitada caia  
por entre abierto canal:  
y que allí como leones  
se agolpaban escuadrones  
de ginetes y peones,  
al clamor del atabal.

Aquel aparato fiero  
era el esfuerzo postrero  
del isleño musulman;  
el ronquido de agonía  
de un imperio que moría  
en afrentoso desman;  
pues de Jaime la fortuna  
era cual nube importuna  
que á eclipsar la media luna  
empujaba el huracan.

Y decidle, si se duerme,  
que dormir ya puede inerme,  
cual busto de un pantëon:  
que ningun contrario acecha  
la vieja almena deshecha  
del morisco torrëon.

Un dia empero de horrores  
aguerridos sitiadores  
avanzaban triunfadores  
con la enseña de Aragon.

Y allí do sus pies asienta  
trabóse una lid sangrienta  
con indómito furor.

Y damasquinos alfanges  
cercenaban las falanges  
del audaz Conquistador.  
Mas los mártires iberos  
aliento á sus compañeros

daban, volando ligeros  
del combate en derredor.

Decidle que aquesta puerta  
desmoronada y desierta  
que el tiempo ha parado tal,  
cien banderas dando sombra,  
cien marlotas por alfombra,  
cien turbantes por sitial,  
entre pompa esplendorosa  
y algazara belicosa,  
fué de la cruz victoriosa  
el primer acto triunfal.

Sangre derramando y lloro,  
entre esos arcos el moro  
hundirse su trono vió:  
y la espantosa caída  
causó fiera sacudida  
en la Alhambra, y retembló  
cuando Jaime al rey decia,  
y de su barba le asia:  
«Esclavo, Mallorca es mia,  
su dueño, su rey soy yo.»

† TOMÁS AGUILÓ.

## TÁNTALO

.....  
.....  
Este amor vírgen, que por espacio de tres años habia dormido, como un niño inocente, en la cuna de mi corazon, cambió en un momento. Mi pasion purísima, digna del pecho de un ángel, se habia desceñido su auréola celestial. El atractivo del deleite inspiraba mis acentos, encendia mis suspiros, y asestaba mis miradas. Mi virtud estaba agonizando. Toda la pureza de mi antiguo afecto se habia desvanecido, y quedaba el amor material, como una densa humareda al desaparecer la llama alumbradora de una antorcha. Un vértigo espantoso se apoderó de mi cabeza, que ardia entónces como la sangre de mi corazon. ¿Y ella?... Pobre flor en medio del desierto, ¿cómo no doblegar su airoso tallo al encendido soplo del huracan? Confusos entreveo aquellos instantes de embriaguez, que remedan un cielo y pertenecen al infierno. Recuerdo no muy distintamente unas manos blanquísimas estrechadas contra mi pecho, unos labios de finísimo coral pegados á los míos como dos claveles que juntan sus copas encarnadas al impulso de un ligero vientecillo; un hermoso cuello rodeado con mis brazos; y... un cañon de pistola asestado á mi corazon. Sus latidos se sucedian rápidamente: eran los últimos. Su

padre nos habia sorprendido y exclamó: ¡Me has quitado el honor, voy á matarte! Yo le repliqué: ¡Me quitas la vida, yo te perdono!... y no oí el tiro.

Ignoro si los despojos de mi carne, por entre las rendijas del sepulcro, pasaron de su obscuro seno á regiones desconocidas, ó si eran fantásticas las formas corpóreas en que me ví de nuevo envuelto. Parecióme atravesar un desierto árido y sombrío. El movimiento de unas alas que me precedian arrojaban de trecho en trecho vivísimas chispas, que brillando un momento para indicar mi ruta, se perdian despues en aquella completa obscuridad. Ningun obstáculo se interponia á mi camino. Mis piés no daban un tropiezo, ni sentian la dureza del sitio en que se afirmaban. El mas ligero airecillo no hirió mi rostro, ni el rumor mas leve penetraba en mis oidos. Bajo mis plantas no habia una flor que perfumase aquel ambiente muerto, ni una zarza que se enredase con mis vestidos. En vano procuraba escuchar: ni se oia el canto de un ave, ni el chasquido de una rama mecida por el viento; una hoja de álamo hubiera permanecido allí tan inmoble como una roca sepultada en las entrañas de la tierra. Sin duda habia caminado larguísimo espacio, y la extremada soltura de mis miembros no habia disminuido un punto. Respiraba tan suavemente como si dormido en un barquichuelo hubiese seguido la reposada corriente de majestuoso rio. De repente mi cuerpo dió un golpe contra un pelado risco, á manera de la barquilla que dirigida por inexperto niño choca en las gradas del puerto.

Era aquella roca un mojon del imperio de Satanás. Mi ángel era el misterioso guia que me habia conducido hasta allí para separarse de mí eternamente. Un suspiro suyo me estremeció. Estábase vuelto de espaldas y no podia mirarme

á la cara, porque yo era réprobo. ¡Réprobo! Una sola ráfaga de culpa bastó para marchitar, despojar, destruir, una corona adquirida con tantos años de resistencia á la debilidad humana. Yo era réprobo ¡despues de haber sido tan desgraciado! La aldabada que en mi delirio creí dar á las puertas de la felicidad, fué á las puertas del infierno; y estas se abrieron. Yo era réprobo ¡Dios justiciero! ¿Cuántos malvados pasean la tierra despues de diez mil crímenes, y mi primer desliz ha de arrebatarme á una, vida y salvacion? Un dia mas, y me hubiera arrepentido. ¿Arrepentido? ¡Oh! ¡La criaste tan hermosa! ¡tan seductora! ¡Habia tanto fuego en mi corazon! ¡La habia amado yo tanto! ¡Dios terrible, piedad! Perdona algo á quien pudo perdonar á su asesino. Déjamela ver al través de las sombras de la noche eterna, déjamela amar en la mansion misma del odio, y el infierno perderá la mitad de sus tormentos.

Mi ángel bueno desapareció despues de abandonarme á un emisario de Satanás, á manera de un alcaide partidario de un rey vencido, que entrega las llaves de la fortaleza al afortunado usurpador. La marca de condenacion echó una llamarada funesta en medio de mi frente abatida, como un rayo que serpea entre los pliegues de negrísima nube. Y sin embargo el infierno aun no era completo para mí. En sus orillas no se me habia despojado enteramente de la esperanza, ni del amor. El objeto de mi cariño en la tierra iba á serlo en los abismos. Víla venir para acompañarme en aquella soledad sin límites: para ser mi sol en el lugar de las tinieblas: para ser mi ídolo allí donde no reina Dios. ¿Murió tambien á manos de su inflexible padre por haberme amado en demasía? No lo sé.

La roca donde yo de pié habia oido el terrible fallo

estaba empotrada en un vastísimo arenal, en que ni una sola yerba, ni una pintada concha, ni los restos carcomidos de un marisco alteraban la uniformidad de color y superficie. Un lago de verdinegras aguas se extendía á lo léjos sin que liviana brisa dibujase en ellas la arruga mas ligera. Una luz melancólica, parecida al moribundo crepúsculo de una tarde lluviosa del otoño, iluminaba aquel cuadro imponente y desconsolador. Un manto de pegajosa niebla rodeaba aquel mundo misterioso, como la mortaja de un difunto. Una curva interminable era la valla que dividía las aguas de la parduzca arena. Ni unas ni otra la habian roto jamas. El ojo mas lince no hubiera encontrado una altura en que descansar. Aquel horizonte siempre igual mostraba con evidencia que pertenecía al mundo de la eternidad.

Una barca solitaria recibió á los dos seres de carne, y al espíritu rebelde que sin tocar el timon la dirigia. Deslizábase por aquel piélago sin vida, como una estrella apagada cruzando su órbita vacía. No tenia velas ni remos, y ni una burbujita de espuma señalaba su rápida carrera. ¡Oh! ¡cómo deseaba entónces dirigir mil preguntas á mi desdichada compañera! y la tenia á mi lado, y no podia hablarla. El ceño de aquel nuevo Caronte nos convencía de que el mas leve murmullo no debía alterar la monotonía de aquella terrífica escena. Nuestro silencio parecido al de aquellas aguas, al de aquellas playas, al de aquella atmósfera, era un suplicio aterrador.

Llegamos por fin. Satanás nos admitió en su reino; pero sus dientes rechinaron horriblemente cuando supo que sus nuevos vasallos podian amarse mutuamente. ¡Amar en la mansion del odio más encarnizado! ¡Amar donde el aborre-



cimiento es mútuo como los tormentos! ¡Amar donde todos son los verdugos y las víctimas de cada uno! ¡Amar allí donde se aborrece cordialmente á Dios, y se le aborreciera aun en el acto mismo de romper las cadenas, apagar las llamas, y abrir las puertas del abismo! ¡Oh! esto era una excepcion asombrosa. Satanás no podia presenciario; pero el permiso obtenido del cielo era irrevocable. Una vasta soledad debia aislarnos para siempre. Los ahullidos de los precitos resonaban á lo léjos como el ruido prolongado de un terremoto, y este ruido no debia cesar jamas. Nuestros ojos sentian una picazon inconcebible con aquella luz enfermiza, y esta luz hija de la sombra nunca habia de sufrir la menor variacion. Un vapor hediondo se alzaba hasta nuestras cabezas y debia permanecer sin disiparse nunca. La cálida atmósfera que nos circuia semejava el vaho de una bestia disforme, y nunca debia soplar el céfiro que la refrescase. Pero en cambio estábamos juntos, nos amábamos, y nuestra vehemente pasion debia ser, como el infierno, inmutable y eterna. Esta situacion casi me hacia dudar si nuestra suerte era deplorable.

Mas, ¡ay de mí! ¿Como era posible que en el infierno existiese un amor puro? Si mi primer y único delito no hubiese cambiado la naturaleza de aquella purísima llama, el lugar de la maldicion de Dios la hubiera maleado, como el aire de una ciudad apestada inficiona al viajero que en ella se detiene. ¡Ay de mí! Yo no la amaba ya como en los años de mi ardorosa juventud, en que un suspiro, una mirada tierna, me hubieran colmado de una felicidad indefinible. Yo la amaba como en los postreros momentos de mi vida, en que el crimen habia sofocado la inocencia, el idealismo, la sublimidad de mi amor. Ya no la adoraba como

un jóven en sus primeras ilusiones: la amaba como un viejo embrutecido en la maldad. ¡Oh! ¿Y podía ser otro el amor del infierno que el amor de un lupanar? La amaba con extraordinaria violencia, y no me era suficiente hablarla á solas, tenerla á mi lado, clavar mis ojos en su rostro divino, aspirar su aliento, y absorber sus miradas. Ella habia marchitado ya su corona de vírgen, y su amor tampoco era el de una vírgen. Quise llegar á mis labios aquellas manos blanquísimas, hermosas allí donde el ángel se cubriera de horrible fealdad. Mas, ¡ay de mí! Retrocedí espantado y rugiendo de dolor. Al tocarse nuestras manos se inflamaron repentinamente como si una corriente de electricidad infernal hubiese pasado del uno al otro. Quería abrazarla, y su cuerpo volvíase ardiente como si fuese metal enrojecido. ¡Oh! sin duda le causaba atroces tormentos, y yo tambien los padecia. Cada vez que renovaba mis tentativas alzabase horribilmente majestuosa la llama que nos separaba. Entónces oí unas horrísonas carcajadas que mugian entre la tempestad de blasfemias y maldiciones. Satanás habia adivinado que este era el suplicio á que estábamos condenados. Un fuego nos impelia, otro fuego nos rechazaba, y entrambos fuegos insoportables, inextinguibles, eternos. ¿Por qué no nos devoraba de una vez? ¿Por qué no devoraba alomenos su hermosura? Ella conservaba la frescura de su tez, el hechizo de su talle, la mágia de su acento, todos los resortes de la seduccion. Me fascinaba como una serpiente, y esta fascinacion era inevitable. Aun cuando sus torneados brazos quemaban como una antorcha de resina, incitaban al deleite, y este incentivo habia de ser sempiterno, sempiternos mis deseos, sempiterna la imposibilidad de satisfacerlos. ¡Oh! esto era horrible, horribilísimo. Cien infiernos á la

vez no equivaldrian á esta mezcla de fuego y voluptuosidad. ¡Oh Dios terrible y justiciero!

Esta exclamacion, y un vuelco convulsivo dispertáronme de repente, y me encontré bañado en sudor, todo azorado, los músculos contraídos, el corazon latiendo con rapidez y un vehementísimo dolor en mi cabeza, efecto de tan horrosa pesadilla.

† TOMÁS AGUILÓ.

LAS POESÍAS CASTELLANAS  
DE DON TOMÁS AGUILÓ

---

DISCURSO LEIDO EN 1852 EN LA

*Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*

Diez años hace que en el seno de esta antigua Academia reunida para una solemnidad que recordaba los certámenes de los Juegos florales, al mismo tiempo que el jóven cantor del Llobregat recibía con temblorosa mano la violeta de oro, resonaba otro nombre proclamado tambien con uno de los premios de aquel día. D. Tomás Aguiló, poeta mallorquín, era agraciado con la distinción de Socio Honorario de esta corporación por haber celebrado la empresa de Roger de Flor en versos épicos tales que hubieran arrebatado el primer lauro á no lidiar contra los inspirados por el númen jamás vencido del entusiasmo patrio. Con todo, aquel nombre que en las vecinas Baleares ha alcanzado el privilegio de la popularidad no vulgarizada y se pronuncia como uno de los primeros de su poesía contemporánea apenas ha salvado el estrecho brazo de mar que separa su patria de la nuestra, y miéntras allí admiran los doctos sus composiciones transcendentales y recitan las doncellas sus delicadas trovas, aquí

solo ha llegado algún destello de su gloria al gabinete de nuestros eruditos.

La isla en que nació parece desprendida del continente por la mano de la Providencia para guarecerla del hálito ponzoñoso que envuelto en el ambiente benéfico de la civilización mata la lumbre del hogar y extingue la semilla de las antiguas virtudes. Desde allí algunos talentos solitarios observan el acelerado viaje de la humanidad y temiendo por las verdades que siempre amaron las ensalzan con nuevo ahinco ó se anticipan á llorar por ellas. Aguiló es uno de esos genios que oyendo repetirse el eco de sus versos en los corazones, quiso ofrecer su lira en el templo de la religión y la virtud consagrándola al consuelo de sus hermanos. Un alma delicada y tiernamente poética, cierta timidéz y retraimiento de costumbres, la sencillez de una antigua y morigerada familia, la tranquilidad de un país no soliviantado aún por el agitado movimiento del siglo y la desconfianza hija de adversas circunstancias imprimieron en las composiciones de Aguiló el sello que las distingue. Nada tiene de común con los vates cuyos broncos acentos acompañan el tumulto de las ciudades, se confunden con los altercados filosóficos ó se pierden entre los alaridos de la política. No como ellos se complace en descubrir un corazón lacerado, y soporta mejor que ellos verdaderas y profundas angustias; no como ellos encadena versos á versos sin elevado objeto, ni meditado sistema. Su canto se alza como la tranquila nube del incienso que en círculos pacíficos sube al cielo desde el altar y no como la negra humareda que arremolinan los vientos sobre los palacios de la industria.

En Aguiló se descubre vívida la fé cristiana y reverdeciente la esperanza en el bálsamo providencial; por eso

encierran sus poesías el núcleo de un pensamiento grave alrededor del cual se adhiere la suave carnosidad de la dicción prestando al fruto ya formado su aroma los sonoros y pulimentados versos. Y no es solo el poeta de la naturaleza instintivamente candorosa: su inteligencia cree y su corazón confía después de haber paseado su estudiosa mirada por el libro de la ciencia. La historia le es familiar; los idiomas le han facilitado el conocimiento de las literaturas más renombradas, y la meditación de las verdades religiosas y los arcanos del corazón ha alternado en su ánimo con la reflexión sobre los vaivenes del mundo moderno. Donde empero hallan otros las amargas heces que enturbian el agua cristalina de la inocencia, él ha sabido hallar á una profundidad más escondida el puro manantial que brota relumbrando con los reflejos del sol de la verdad. Bien podéis entregar sus composiciones en manos de vuestros hijos, seguros de que en ellas recogerán saludable esparcimiento así como de las antiguas parábolas y alegorías debidas á los primitivos filósofos y de los dogmas que los libros divinos contienen se desprenden el consejo eficaz ó la lección estimable. Esa es á mi entender la primera dote que debe poseer quien se consagra á la poesía. Tengan sus cantos por ideal el bien: descubran el íntimo amor á la belleza hermana de la virtud y en la plácida copa del deleite viertan el agua santa del consuelo, excitando en los ánimos las dulzuras de la esperanza léjos de infiltrar en ellos la ponzoña de la desesperación. No puede ménos de seguir la negación y la muerte de la poesía tras la mano devastadora que socava los santuarios de la admiración y la adoración del hombre. La primera condición del libro poético es que no sea venenoso.

Diréisme que los intereses de la verdad y la propagación

de las luces traen consigo la pérdida de aquel candoroso entusiasmo que nos admira en la infancia de las naciones. Yo creo que la Providencia no puede haber puesto al bien en lucha con el bien; no puede haber armado el brazo de la verdad contra el pecho de la virtud. No; no ha querido Dios sino que transitoriamente y á fuer de prueba la preponderancia del espíritu investigador acallara en las almas la fervorosa voz de la piedad; y llegará, no lo dudemos, para la humanidad como para el individuo llega, una época feliz en que despejada la inteligencia del error cuanto en lo humano cabe, admire la inocencia y la humildad, y reconozca sumisa el alto poder incontrastable de cuyo trono la mordedura de los siglos no arranca ni una astilla.

Esta tendencia transcendental y saludable que tanto atrae en los escritos de Chateaubriand y Silvio Pellico, descuella en todas las composiciones emprendidas por Aguiló con objeto verdaderamente artístico. Tales son entre otras líricas *Abdiel*, *Los siglos ante Jesucristo*, *Perjurio*, *La Cruz de esmeraldas*, *Un amante y una amiga*, y muchas históricas como *El Almogávar*, *La lamparilla*, *El bandido*, *Los tres hermanos*. Á su lectura el juicio ménos favorablemente prevenido no dejará de reconocer en Aguiló al poeta de la virtud. Bastan para elevarle sobre la región de los versificadores sus altas ideas sobre las verdades eternas relativas al hombre, su genuino sentimiento de la belleza física y moral, su verídica expresión de los afectos, y su arte de colorear las imágenes con escogido estilo y suave metro.

Los ojos acostumbrados á la medianía de tintas en las pinturas morales hallarán quizá sobradamente rígido y aún ascético al poeta; pero ninguna conciencia digna podrá rehuir las deducciones, terribles á veces, de sus cuadros. Aguiló

es severo como la moral evangélica: no transige con lo que no son meras flaquezas sinó verdaderos deslices por la pendiente del mal que tersa y resbaladiza al principio y luégo absorvente y vertiginosa precipita en el abismo al corazón descuidado. Hoy más que nunca es preciso que la lira independiente del vate acalle con enérgicas notas la seductora melodía que resuena entre los escollos del vicio. Pliéguese enhorabuena la elocuencia para ajustarse al diapasón mudable de las opiniones: refleje á veces la historia las máximas quebradizas de la filosofía, ¿pero porqué la poesía no ha de ostentarse grave é inspirada del cielo como el mártir que fulminaba su anatema en medio de las flores de la orgía y de los ejércitos del triunfador? Léjos de mí la pretensión exagerada de convertir á la poesía en un apostolado; porque no es á ella á quien toca detener el extraviado movimiento de los pueblos; pero debe mantener y avivar como las vestales antiguas con su delicada mano el fuego sagrado de la belleza, sin que manche jamás su frente pura el rubor de haberle dejado extinguir, para escuchar el eco de una voz profana. Si no tiene la poesía la misión directa de morigerar, siempre la está vedado corromperse y corromper.

Una prueba de que Aguiló ha sabido comprender este homenaje que el poeta debe á la virtud se halla en su composición titulada *Calumnia*. En ella el calumniador Conrado creyéndose por efecto de su remordimiento herido en su propia honra, se arrepiente y proclama la inocencia de Amalberga ofreciéndola en desagravio su mano. Nótanse en el poema estas sentidas estrofas:

¿Qué vil deleite hallaba  
 quien no era detractor ni maldiciente  
 en discurrir tan pérfidos agravios  
 bullendo la sonrisa entre sus labios?



. . . . .  
 De su candor no duda  
 ni anhela su baldon, creyó tan solo  
 escarnecer con frívolo sarcasmo  
 de su crédulo amigo el entusiasmo.  
 . . . . .

¡Es pura! y ¿de qué le sirve  
 si el mundo así no lo juzga?  
 ¿Qué importa que todos mientan,  
 si todos su fama injurian?

Suponen las obras de Aguiló profundo estudio de los sentimientos en sus múltiples manifestaciones, y su expresión adquiere cierto carácter de sumisa resignación hija de la índole apacible del poeta en quien dominan los impulsos de la ardiente juventud, la mansedumbre y conformidad evangélica. Así lo prueban estos versos:

No; las horas que de acíbar  
 bañando vá mi fortuna  
 Dios las cuenta de una á una  
 cual tambien las cuento yo.

Yo para fijar por ellas  
 el número á mis congojas  
 Él para añadir más hojas  
 al lauro que me tejió.  
 . . . . .

¿Qué importa que en esta tierra  
 viva solo y sin abrigo  
 ni haya quien llore conmigo,  
 ni haya quien llore por mí.

Si elevar puedo mis ojos  
 hácia el estrellado velo  
 y exclamar por mi consuelo:  
 «Un amigo tengo allí?»

La pasión amorosa, objeto predilecto de la poesía lírica en la cual solo acostumbra modular monótonos ó vulgares conceptos, adquiere en la de nuestro vate un delicado idealismo. Domínale el desconsuelo, la amargura del desamor,

los desengaños de la inconstancia, luchando con la candorosa esperanza de su alma sensible é idólatra de la beldad. Ora se entrega á un dulce *Recuerdo*, ó realza hasta lo ideal la situación de *Una hora feliz*, ora abatido prorumpe en *No mas amor*. En ese contínuo combate se reconoce víctima de una adversa estrella que en su pecho creyente no toma las formas tétricas del fatalismo, sinó el consolador aspecto de un destino providencial. Es tanto más meritorio este carácter, cuanto en la poesía moderna, especialmente entre los prosélitos de Byron y Víctor Hugo, el amor adquiere un fulgor volcánico y abrasa como los torbellinos de las lavas infernales. Si se adhiere á la belleza exterior allí está el materialismo más grosero para aplastar con su mano de barro la luz fosforescente de la inspiración; si por el contrario desprendido el númen del influjo material diviniza el amor, al punto el negro génio de la impiedad mancha con sus alas de carbon la frente del poeta. Aguiló pertenece al estrecho círculo de escritores que han sabido evitar ámbos peligros, sin otro auxilio que la pureza del alma y el sostén de las creencias elevadas. Sin ser un génio original hondamente distinguido por señalados rasgos, tiene en su fantasía tibia y melancólica, cierto tinte singular que acredita por decirlo así su personalidad poética. El hombre moral tiene carácter propio: pero la expresión artística se presenta embebida en cierto baño de uniformidad comparable á la luz de los crepúsculos de otoño que tan bella y simpáticamente describe. Pocas veces asoma en sus estrofas la osadía de un corazón valeroso: pocas veces un concepto audaz y sorprendente sobrecoge y extremece, por más que siembre profusamente sus flores una imaginación rica y sentimental. Su lirismo erudito revela depurado gusto y conocimiento

del arte; pero desfallece á menudo entre los frios brazos del precepto. Su esmero, su primor, son trazos de su fisonomía poética que si dan á todas sus obras el pulimento del trabajo descubren la solicitud con que se ha conseguido el ornamento.

En la concepción de los planes suele manifestarse completo; pero no siempre espontáneo en la invención, por ser sin duda harto sumiso á modelos, bellos sin duda; pero modelos al cabo.

Como conocedor de varias literaturas ha calculado el efecto de ciertos géneros y ensayado sus fuerzas en muchos. No carecen de valía semejantes ensayos y no pocas veces sus imitaciones alcanzan la altura de los originales. Sin embargo, si el vergel de sus poesías presentara más limitada variedad, es probable que cada planta brotara con más fuerza, pues aunque trasplantadas, adquieren todas en sus manos formas agradables, y extraordinario embeleso.

En la exposición adolece á mi ver de superabundancia de accesorios, frondosidad extremada que nace de la misma fuerza de vegetación. Cercenados varios retoños despejaríase el follaje desembarazando el paso á la atención de los lectores y facilitándoles la contemplación de los espléndidos paisajes que tiene encubiertos.

De la versificación puede decirse que el metro entre sus manos se amolda como el bronce fundido en el modelo del estatuario y ninguna voz por circunscrita ó insólita deja de hallar dóciles compañeras con quienes forme en actitud simétrica grupos de lindas estancias. Selectos en las rimas triunfan sus versos de las más difíciles consonancias, y pocas veces la naturalidad ó la concisión se resienten de tan florida cadena.

Aguiló ha encerrado en una série de poesías históricas las más gloriosas tradiciones de su patria. Él mismo dice que se propuso inaugurar el gran poema de *Mallorca poética* esperando que otros vates contribuyeran á terminarle. Parte de estas composiciones son meramente descriptivas, parte forman leyendas interesantes. Engalana á las primeras el colorido local, aunque no bastante vivo para caracterizar sitios y monumentos, y las realzan el entusiasmo hácia la antigüedad y el cariño un tanto plañidero á los recuerdos patrios. Es Aguiló el viajero que se sienta al pié del monumento ruinoso, trae á la memoria las edades que simboliza, llora las glorias pasadas y se aleja con el corazón oprimido de dolor. Parece que de sus meditaciones retrospectivas se desprende esta exclamación suya:

¿Porqué mis ojos no hiere  
el sol hermoso de ayer?

Palpitan en ciertas poesías suyas narrativas la vida y la energía. Tal es el *Pino de los Moncadas*: tal es el ensayo épico *Rugero de Flor*, aunque no parezca llamado el autor á ceñir el lauro épico inspirado por la guerrera Belona. Su alma sobrado tierna no se adapta á los feroces ímpetus que excita la ensangrentada arena de los combates. Bástele haber visto una vez coronada su frente.

Si esta respetable Academia me inculpa por haber aspirado á ceñir prematuramente la mía con la yedra del crítico, atienda á que me falta esperanza de engalanarla con laureles de cantor y acepte indulgente este mi primer trabajo ofrenda que consagro á Mallorca á la cual por los lazos diversos que con ella me unen considero también como mi patria.

JOSÉ LUIS PONS.

---

## EL MEJOR CONSEJERO

---

### III

#### SENTIR ES MÁS QUE PENSAR

Á la misma hora que la escena anterior, el chileno D. Luis, oriundo de Mallorca, y D. Juan de Mata, el empleado que vino de Lugo, tomaban chocolate en un comedor muy claro, que daba á un jardín, de paredes vestidas de un papel con cenefas de flores y centros de frutas, muy apropósito para excitar el apetito y la alegría.

Estaban apoyados en los respaldos de las sillas, aunque con expresión sospechosa de nueva arremetida, con valiente empuje, despues del descanso.

Tenían delante profundos tazones, ya vacíos, copas mediadas de agua, y dos bandejas; una con algunos *cuartos*, restos de una pirámide deshecha, y la otra con dos *ensaimadas* que habían sobrevivido á la media docena, cabida exacta del azafate. Estas dos pastas merecen bien una digresion.

El *cuarto* es un bizcocho que por su Excelencia Exquisita, que es mucho más que Excelencia Ilustrísima, debiera

llamarse *onza*, pues tiene un amarillito de oro viejo muy apetitoso. Es de la figura y dimensiones de un almanaque americano, sin el cromo; y está cubierto de azúcar, nieve cernida, que no dá frío, por debajo de la cual salen retorcidos los bordes, más oscuros, de la cubierta, con toda la coquetería de puntas de enaguas que quieren lucir primores. En cuanto á su mérito intrínseco, aunque no sea posible explicarlo teóricamente, os diré que es una crema condensada á la densidad de espuma fría, una cosa algo más que potable y un poco ménos que comestible, y que se come con cucharilla. Si está muy cocido, se le puede comer con los dedos, pero nunca con guantes, porque hay que chuparse los dedos siempre. Segun el grado del horno, este bizcocho ofrece gustos diferentes, un diapason extenso de gustos; de modo que es el arco iris del sabor, pero con más de siete sabores.

El modo de comerlo es el siguiente: tomáis con la cucharilla todo el sorbete de fresa posible, y sin preocuparos por si cabe ó no cabe más, cogéis una cucharada de *cuarto*, y la mezcla resultante es el néctar y la ambrosía de los dioses, conservada por tradicion en esta isla del Mediterráneo. Algunos prefieren tomar ántes la cucharada de *cuarto* y despues la de sorbete, porque no es lo mismo; pero os recomiendo el otro método.

En la segunda edicion de esta obra, para que salga corregida y aumentada, pondré la receta del *cuarto* y el modo de hacerlo, lo cual, excitando la golosina de los aficionados á buenos libros, facilitará mucho la venta.

¡Para el chocolate la *ensaimada*! Por su gusto y forma es una cosa para el chocolate, claro ó espeso, tan natural que parece consecuencia rigurosamente lógica de un silo-

gismo en que la *mayor* fuesen el cacao y el azúcar, y la *menor* la canela. Esta pasta, que tiene mucha manteca, á veces de Flandes, forma una tira enroscada como culebra, con la cabeza enmedio: despues de cocida se la espolvorea de azúcar. Para comerla la vais desarrollando y cortando, con los dedos, en trozos que por su grueso se adoptan perfectamente al calibre de la gícara.

El gusto es entre hojaldre y mantecado, y está, en la esencia y en la forma, tan bien meditada, que el principio es la parte ménos exquisita, aunque muy buena, y va aumentando gradualmente en mérito hasta el bocado final, que es lo mejor. La *ensaimada* es el soneto de las pastas, intraducible, pues en vano en las capitales de la costa, en las del interior y hasta en Madrid han procurado imitarla. Se ha de amasar con estas aguas; ha de fermentar á este calor; se ha de cocer con ramaje salitroso del pino marítimo.

En la tercera edicion pondré la receta de la *ensaimada*.

—Buen país, buen país, decía D. Juan de Mata comiéndose la última cabeza de serpiente: esto es estomacal, pectoral, cordial y hasta moral, porque suaviza los instintos aviesos y las costumbres: ahora comprendo por qué no hay aquí bandolerismo.

—¡Gran cosa es la *ensaimada*, pero el *cuarto*!...

—El cuarto es un bocado civilizador. ¡Parece imposible que en una isla!... Yo creía que áun cazaban con escopetas de chispa, y veo que siegan con máquina. Créame usted, D. Luis, me parece que yo viviría siempre aquí.

—No me disgusta esto. Será muy regular que me quede aquí para siempre. Crearé una familia, y me dedicaré á los cuidados domésticos; verá V. un hombre de juicio, y un tierno padre de familia. Se acabó mi pasado.

—Conque piensa V. casarse.

—Es regular; veremos; pero seguramente.

—Féliz V. Yo siempre seré un hongo, porque á mi edad, ya...

—Ca, hombre. Busca V. una mujer rica... es el negocio.

D. Juan movió la cabeza, diciendo que no.

—Por el pronto hemos almorzado como príncipes, gracias á la solicitud de mi buena prima Alicia. Vale mucho esa muchacha.

—Y Leonisa tambien. Anoche cuando me despedí de ella me convidó con empeño á ir con Vds. esta tarde á Génova.

—No lo oí.

—Pues sí, señor. Insistió hasta que se lo prometí.

—¿Se lo prometió V?

—Nunca desairo á una señora.

—¿Y piensa V. cumplirlo?

—Yo no faltó á mi palabra.

—Pero si le molesta á V., yo le disculparé.

—De ningun modo.

—¡Esa Leonisa!...

—¿Lo siente V?

—¡Ca, hombre!; ¿por qué lo había de sentir?

—Me alegro de ir viendo el país.

—De lo que V. se alegra es de acompañar á mi prima Leonisa; Vds. han simpatizado. Y le conviene á V.: no son más que dos hermanas, y están ricas. Siga V. mi consejo: hágale V. el amor esta tarde.

—¡Sr. D. Luis, tengo yo cuarenta años!

—Á lo ménos para pasar la tarde. Yo hago el amor á todas, ricas ó pobres.

—V. es un muchacho.



—Treinta años: la edad del juicio.

—Dios se lo conceda á V... En fin, me voy á la oficina, que es hora. V. empiece á preparar á la jóven esa para la mala noticia, porque no detengo el pliego más que hasta el sábado.

—He de averiguar en donde vive, y he de buscar quien me presente; ya ve V...

—Tengo la promesa que le hice á V. sobre mi conciencia, y sólo por suavizar la pena de esa pobre chica... Mire usted; hoy es mártes: un día; el miércoles llega el pliego: dos días; juéves, tres; viérnes, cuatro: en cuatro días se dá á cualquiera, con las debidas precauciones, la noticia de su propia muerte. Nada, el sábado doy curso al pliego, como venido por el correo de Barcelona.

—Procuraré aprovechar el tiempo.

—Pues hasta la tarde.

—Hasta la tarde, hombre, hasta la tarde.

Á las tres y media llegaba á Génova, tirada por un caballo mezcla de africano y francés, una galerita mezcla de tan escogida pintura, brillante charol y esbelto corte, que era un modelo de elegancia en la modestia de forma. Al ruido del carruaje se habían asomado, con natural curiosidad, á las puertas muchas caras, con lo cual pronto se supo el acontecimiento de haber llegado una de las principales familias que en aquel punto han construido casa de campo.

D.<sup>a</sup> Apolonia, viuda de un antiguo negrero, origen olvidado ya, era, lo mismo que sus hijas Leonisa y Alicia, muy apreciada en el país, por la esplendidez de su caridad, y muy respetada por la posición que el dinero le había dado, ennoblecida también por el roce de damas principales en algunos institutos piadosos y de caridad.

Después que hubieron visto la casa D. Luis y D. Juan, y que éste, español de los buenos tiempos, hubo cogido flores á las señoras, ofreciendo la primera á la mamá, como es debido, salieron al campo en dos grupos: las jóvenes delante con Mata, que se había puesto un clavel de todo el año en el ojal, y detrás la tía y el sobrino, en animada conversacion.

D.<sup>a</sup> Apolonia llevaba por aquellos sus estados el solemne volúmen de su persona con aire casi feudal, y la simpatía con que todos los campesinos la saludaban y la benevolencia con que correspondía, eran claras pruebas de que las bendiciones de los blancos habían compensado superabundantemente los gemidos de los negros.

Alicia, con el legítimo orgullo de estos isleños, iba señalando á Mata los puntos de vista más pintorescos; Leonisa iba sola, muy entallada y esquivando devolver los saludos á los campesinos ó haciéndolo de un modo que helaba.

Animados todos por una tarde sin sol y con brisa, discurren un rato por allá, hasta que llegaron á la casa de Catalina la Lechera, por donde pasaba, sin detenerse, Leonisa, á quien tuvo que llamar su madre, deseosa de un poco de descanso. Al tomar el sendero, por una evolucion natural, Leonisa quedó la última. D.<sup>a</sup> Apolonia, desde que dejó la carretera iba llamando:

—Catalina, Catalina, hija mía; aquí estamos nosotras, que venimos á hacerte una visita.

Catalina, que había conocido la voz, salió precipitadamente, pero se detuvo de pronto al ver á D. Luis, cuyas señas convenían con las que ocupaba el pensamiento de la joven, desde la mañana. Por esto se puso pálida primero y después encendida como la grana.

—No te asustes, muchacha, el señor es un amigo, y ese un sobrino, que llegó ayer en el vapor, y te trae noticias de tu tío.

—¿De mi tío; y cómo está?

—Bueno; á mi salida de Santiago estaba bueno; pero mis noticias son bastante atrasadas, pues he dado un largo rodeo por los Estados-Unidos. Me encargó tantas cosas para su sobrina.

—¡Pobre tío!

—Está viejecillo, porque lo es.

—Anda, muchacha, sácanos sillas, que estoy muy cansada; tiempo tendrás de que mi sobrino te hable del tío.

La jóven sacó taburetes y una silla de nogal con respaldo, apresurándose torpemente, en la agitacion que le producía la presencia del sujeto en quien había pensado toda la mañana.

Cuando todos estuvieron sentados, D.<sup>a</sup> Apolonia invitó á Catalina, que se mantenía en pié, respetuosa, á que tomase tambien asiento.

El asno, que estaba suelto en la cuadra, sacó la cabeza con toda la gravedad compatible con la curiosidad.

—Conque ese es tu curador, dijo Alicia riendo.

—No se puede V. figurar que inteligencia tiene: nos entendemos perfectamente.

—Me dá pena verte así tan sola: quisiera que fueses hermana mía.

Alicia dió un beso á la jóven aldeana.

—Gracias, señorita.

—Puedes estar satisfecha; mis hijas no besan á cualquiera.

—Esta lo merece, y D. Luis acentuó sus palabras con una mirada expresiva, que hizo ruborizar á la Lechera.

Desde entónces no se atrevió á mirarle de frente, pero lo hacía por la cola del ojo.

Leonisa, en su taburete, daba expansion á la inquietud golpeándose con la sombrilla la punta del pié. Juan de Mata, que estaba á su lado, se esforzó en distraerla, y consiguió al fin animar una de esas conversaciones que, sin hablar de nada, estableciendo el trato y la simpatía que nace de él, entre dos personas, las une para toda una larga tarde de verano.

D.<sup>a</sup> Apolonia, cuando hubo descansado, propuso dar un paseo por las sendas y sinuosidades de aquella Génova disgregada, que no forma calles, para no dejar de ser campo ni perder sus galas de árboles y flores.

—Es preciso que nos acompañes, Catalina.

—Con mucho gusto.

—Merendarás con nosotras.

La Lechera se puso un rebociño inmaculado, un zagalejo bueno; cerró su casa y el establo, empujando suavemente al tordo para que entrase, y salieron al camino, dividiéndose insensiblemente en grupos, formados por la casualidad, ó más bien por los cálculos y simpatías nacidas desde el primer momento. Iban delante Leonisa y D. Juan de Mata; despues Alicia, Catalina y D. Luis, y D.<sup>a</sup> Apolonia detrás, rezagándose, lo que obligó á la hija menor á quedarse para acompañar á su mamá, como era justo y propio de una niña bien educada.

Esta evolucion hizo que siguiesen solos D. Luis y Catalina, que al principio tuvo mucha rabia de Alicia por haberla abandonado en las garras del halcon; pero se fué tranquilizando, porque despues de hablarle del tío, lo que le decía el galan no tenía nada de feroz: que era hermosa como un sol; un lirio de aquel valle, una tímida gacela.

Los americanos tienen mucha aficion á la astronomía, á la flora y á la fauna del Parnaso. Le decía tambien ¡que el porvenir es tan hermoso!; que el amor une los corazones en un instante, en el instante en que salta entre ellos la chispa eléctrica, y que estas cosas no se rigen por el raciocinio sinó por el sentimiento; que la virtud, la belleza y el amor son títulos que elevan á las jóvenes humildes á emperatrices, como sucedió á Catalina de Rusia, Catalina tambien...

La pintura del amor, por mal hecha que esté, siempre mueve el corazon de una jóven, y el de Catalina palpitaba, despertándose á un sentimiento que no había experimentado nunca, ó á lo ménos de aquel modo; y no era que se hubiese enamorado, como ella sospechaba, de D. Luis, así tan repentinamente, sinó que empezaba á arder la lumbre encendida por el primero que había pasado. Afortunadamente encontraron en aquel momento oportuno al marinero Bartolomé, que hizo á Catalina, con una sonrisa de burla, un gesto horrible. Por un fenómeno moral inexplicable, aquella cara, que no se parecía á la de Estéban ni á su expresion el gesto, recordó á la jóven el compañero de la infancia, el hermano de siempre, y se replegó reservada. D. Luis se esforzó más, conociendo el terreno perdido.

Al mismo tiempo, D.<sup>a</sup> Apolonia hablaba con Alicia, su hija segunda.

—Ya ves, nos conviene que ese zángano se case con una rica, para quitárnoslo de delante; si no, tendremos que mantenerle toda la vida.

—Claro está. Al mes ya nadie se acordará de que haya sido lechera.

—Nos opondremos al matrimonio, para salvar las apariencias, pero luégo haremos las paces.

—Diremos que todas las familias tienen un calavera.

—Tú acaricia mucho á la chica.

—No tenga V. cuidado.

—Si se realiza este matrimonio, él y nosotras habremos hecho un viaje de negros.

—¡No diga V. eso, mamá!

—Pues de blancos.

—¡Jesús, qué cosas tiene V!

—Nada, no volveré á hablar de eso; no te enfades.

—Siempre dice V. lo mismo, y luégo...

—¿Crees que Leonisa haga alguna trastada?

—Lo temo, porque calla mucho, y cuando calla...

—Pues si la hace, te aseguro...

—El haber convidado á D. Juan esta tarde, indica mala intencion.

—Luis es un hablador que charla demás; no debía haber dicho nada delante de Leonisa.

—Pero no creo que se atreva á hacer un disparate.

—Esa muchacha ha de acabar conmigo; y se equivoca si cree que la temo; á mí no me ha dado miedo nadie en el mundo, ni hombre ni mujer; sé levantar la voz y la mano.

—Calle V., que la oirán; y no grite V. nunca; siempre se lo digo.

—¡Me es tan natural!; pero procuraré...

Leonisa, que iba con D. Juan de Mata, delante de todos, se volvía á veces para mirar á los novios, pues lo parecían; y cada vez aumentaban las ojeras de la hija mayor de doña Apolonia, de un modo tan notable que D. Juan de Mata creyó necesario hablar de ello, aunque en tono de chanza.

—Señorita, cualquiera diría que tiene V. interés por su primo.

—Mi primo es muy poco para mí, Sr. D. Juan: su padre era un simple marinero y el mío un piloto.

—Perdone V., no he tratado de ofenderla. Efectivamente los matrimonios desiguales suelen ser desgraciados; y mire usted, su señor primo está haciendo el amor á la Lechera.

—No me hable V. de esto, porque me tiene calenturienta. No sé cómo lo permite mi madre; pero yo lo cortaré.

La expresion de Leonisa fué terriblemente enérgica.

—No se arrebate V., señora.

—No son celos, Sr. de Mata; sepa V. que es orgullo. No quiero ser prima de una lechera hija de un leñador. ¡Se me sube la sangre á la cabeza!

—Comprendo el justo enojo de V., porque, al fin, las clases existen; pero tranquilícese V.

—Ya que no puedo negar mi parentescó desdichado con él que no venga á rebajarnos más casándose con una cualquiera.

—No hay duda, es deplorable: pero no será más que el pasatiempo de una tarde de verano.

—Se equivoca V.

—V. se exagera las cosas; está V. sofocada.

—No, señor; es caso pensado, y arreglado con mi madre y mi hermana.

—No comprendo.

—Ella es rica y no lo sabe aún; mi primo se propone enamorarla ántes que le llegue la noticia, que vendrá mañana, de la muerte, en América, de un tío que la deja una pingüe fortuna.

—¡Conque no es su padre el muerto!...

—Su tío, su tío; y V. contribuye á tan punible engaño, prometiendo detener el pliego...

—¡Lo sabe V.; qué vergüenza! ¡Infame!; pero yo...

—¡Ya vé V. á donde le conduce su bondad!

—Me ha engañado, créalo V.; juro que soy incapaz... Por todo el oro del mundo no hubiera consentido. Me decía que era para darle tiempo á preparar á una jóven á recibir la noticia de la muerte de su padre; pero yo enmendaré mi falta: se lo juro á V. Dígaselo V. todo á Catalina.

—Yo no descendo á explicaciones con ella. Además, quiero castigarla por su osadía de haber creído ser prima nuestra. Necesita un escarmiento.

—Pero mañana será tarde y no servirá que dé curso al pliego... Haga V. señas á Catalina.

—Si no vé, no vé; mírela V.

—¿Pero, señora, V. cree que yo soy malo?

—No, no; me parece que es V. demasiado bueno.

—Sí, sí, demasiado bueno. Voy á llamar á D. Luis y á decirle...

—No, no quiero: he de ser sola, yo sola. Ahora ya se figura la Lechera que me habla de tú... Romperemos al mismo tiempo con los dos; con ella y con ese primo: así se matan de una pedrada dos pájaros.

—¿Quiere V. que yo la ayude?

—No, no: hoy yo; mañana V.

—¡Oh, mañana!... Pero mire V. que la chica se está enamorando; que despues, aunque le digamos la verdad no tendrá remedio, y lo arrostrará todo.

—¡Podría ser!...

—Es claro que podría ser; una chica enamorada es más valiente...

—Ya llegamos.

Efectivamente, llegaban á la casa.

(Concluirá.)

ANTONIO FRATES.